

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Samarlo.** Advertencia. — *Hija, esposa y madre*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco. — *La primavera*, poesia, por María del Pilar Sinués de Marco. — *Las mujeres y los niños*, por D. Antonio de Trueba. — *Modestia y vanidad*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco. — *Modas*, por Pamela. — LAMINAS. — Un juego de cuello y puños, dibujado en tela.

## ADVERTENCIA.

Con este número repartimos á nuestras suscriptoras un juego de cuello y puños, **dibujado en tela**, para bordar á plumetis ó al minuto, á voluntad: es un ensayo en este género que hemos hecho, seguros de agradarlas por su utilidad é inmediata aplicacion y que pensamos repetir, mejorando, á pesar de su gran coste para nosotros.

Cada juego solo, se vende por separado á tres reales vellon.

Además hemos hecho una tirada especial en tela de hilo que se vende á cuatro reales cada juego: ambas clases están de venta en la administracion de EL ANGEL DEL HOGAR.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS Á LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

IV.

LA CONDESA Á LA SRA. DE HERRERA.

Madrid.....

Una madre, señora, no acude jamás en vano á otra madre, porque el amor á los hijos es el  
AÑO I.—NÚM. 14.

misimo en todas las condiciones, en todos los estados de la vida: el amor maternal iguala todas las distancias; y el dolor la hace á V. mi hermana, si ya sus virtudes no la hubieran hecho digna de todo mi afecto y consideracion.

¡Pobre amiga mia! cuánto me duelen sus pesares, sus lágrimas, sus angustias! y con cuánto placer le diria que me dejase para siempre á su hija, que se educaria con la mia! pero no: esto no seria justo: de esta suerte la privaba de la felicidad de poseer á Valentina, y tampoco esta medida podria curar la llaga abierta por la vanidad en el corazon de esa niña.

No se necesita engañar al mal, sino estirparlo de esa alma jóven é inesperta, donde nunca debiera haberse arraigado.

Es preciso que se convenza de que su suerte no es mala, sino dichosa, envidiable, y que cada día debe dar gracias al cielo que se la ha concedido tan buena.

Es preciso, pobre madre, ayudar á V. en la cura de su hija; y para eso no bastan mis consejos: no bastan palabras que resuenen en su oido y resbalen sobre su corazon como sobre la dura superficie de una sábana de hielo; son necesarios ejemplos que le presten un dulce y vivificante calor, que le convenzan, y que alegren esa triste, abatida y enfermiza imaginacion.

Para este fin, Mélida le escribe hoy dentro de esta carta, y le anuncia que vá á pasar con ella el estío: sí, amiga mia: confío á V. á mi hija: pero no para que le tenga consideraciones; no para que la rodee de comodidades ni la trate con distinciones, no: es para que sea una hermana de Valentina y de María: para que coma con ellas, con ellas trabaje, con ellas pasee, y duerma en su mismo cuarto.

De esta dulce y tierna union fraternal, saldrá, no lo dudo, si no la cura completa, el alivio de Valentina: y si su mal moral se resiste: todavía á huir, entonces será cuando yo la

MADRID 16 DE ABRIL DE 1864.

traiga á mi casa durante algunos meses, y emplee los remedios heróicos, que ahora conviene reservar.

Mi querida señora, no debe V. atenuar la culpa de esa niña, que nace, mas que de la cabeza, del corazon: ¡oh, sí! cuando dice usted en su carta, en esa triste carta que me ha dirigido, que su corazon es duro, no se engaña! no hay que echar toda la culpa á los colegios de los efectos que produce la educacion que en ellos se dá: la misma educacion dá distintos frutos, segun el carácter de la persona que la recibe, á la manera que un escelente trigo, sembrado en diferentes tierras, produce en unos campos rica cosecha de doradas espigas, y en otros rica y ruinososa cizaña!

Un ejemplo que voy á poner á V. la convencerá de la verdad de lo que digo, mas que todas mis reflexiones.

Yo soy tambien, como V., madre de dos hijas. Clara, la mayor, cuenta dos años mas que su hermana, y el mismo método de enseñanza se seguia con entrambas: sin embargo, Clara era en todo y por todo la verdadera antítesis de su hermana.

Yo no hubiera puesto jamás á mis hijas en un colegio á no haber sido obligada á ello por una cruel necesidad: pero el cuidado de mi padre enfermo, reclamaba todo mi tiempo: durante dos años, viajé con él incesantemente: solo Dios sabe cuántas lágrimas me costó el dejar á mis dos niñas! pero el amor maternal hubo de ceder al amor filial, porque este era mi deber.

Me informé de todas las casas de educacion que recibian pensionistas en esta córte, y los informes mas favorables fueron los de madama Honoria: esta jóven viuda, de conducta intachable y carácter dulce, se hacia amar de las niñas puestas bajo su cuidado, y ella á su vez las queria tiernamente: verdad es que las acostumbraba demasiado al culto de lo bello: es decir, que las ocupaba, mas que de coser, zurcir y arreglar su equipaje, de bordar, hacer flores y calados: que la obligacion preferente de las pensionistas, segun su modo de pensar, era la de su aseo, tan esmerado y pulcro, que ya rayaba en coquetería: pero, amiga mia, no es un mal el inculcar en la juventud ese cariño á cuanto es bello, dulce y agradable: generalmente las jóvenes así educadas son mas tiernas y sensibles que las que reciben una educacion tosca y material, porque en ellas se desarrolla el instinto de lo bello, y nada hay tan bello como el ejercicio de la virtud.

En cambio Mme. Honoria las enseñaba y las enseña hoy á rezar, á comprender lo que rezan, á ser amables, dulces, prudentes, sufridas; pero hay algunas que no quieren aprender, y de

este número, fuerza es decirlo, son mi hija mayor y la de V.

Diez y doce años tenian respectivamente Mélida y Clara cuando las entregué á Mme. Honoria, y ya en aquella época su carácter presentaba notables diferencias.

La mayor era de carácter irascible, violento, de modales bruscos é insolentes, vana y llena de caprichos.

Su hermana era amable, modesta y dócil: no estaba engreida con su cuna, porque en su alma suave y blanda como la cera, se habian grabado estas hermosas palabras del Evangelio:

TODOS SOMOS HERMANOS EN DIOS.

Mme. Honoria me referia algunas veces que al leer el sagrado drama de la pasion del Redentor, Mélida lloraba silenciosa, pero copiosamente, y Clara cerraba el libro y se ponía á cantar.

Cuando la directora las llevaba alguna vez al teatro, Clara se dormía ó se divertía en echar sus gemelos á las damas elegantes de los palcos. Mélida seguía palpitante todas las peripecias del drama, gozaba con los dichosos y se afligia con el desgraciado.

Aquella insensibilidad completa, y aquella tierna y profunda propension al sentimiento, dieron sus frutos con el tiempo.

Clara no aprendió nada de lo que se la enseñaba.

Mélida era sobresaliente en toda clase de labores, desde las mas comunes á las mas primorosas, y una artista de mérito en música y pintura.

Esto no era extraño: por conquistar una sonrisa de sus maestros, una caricia mia, Mélida era capaz del mas rudo trabajo, de los mas grandes sacrificios.

Clara era insensible á la aprobacion y al enojo: su duro y helado egoismo la preservaba de las emociones como una coraza de acero; pero en cambio dió bien pronto entrada á la mezquina y vulgar coquetería, y se dejó galantear por un jóven estudiante que vivía al lado de la pension, y que por ningun motivo hubiera debido mirar, siendo como era calavera y grosero.

Mme. Honoria se apercibió de estas relaciones, que aun no habian pasado felizmente de algunas señas de balcón á balcón, y me avisó al instante: y aunque solo contaba Clara quince años, la saqué de la pension y la tengo en Barcelona al lado de mi hermano que es severo, y de su esposa que lo es tambien.

Mélida ha seguido en su pension sin que su índole se haya pervertido: siempre es una niña angelical é instruida: sin embargo, tiene ya diez y seis años, y mañana deja á Mme. Honoria,

marchando en seguida á pasar el estío al lado de Valentina: dentro de esta vá una carta suya, en la que, segun dije á V., le anuncia tan alegre nueva: vá con una señora amiga mia que tiene en esas cercanías una casa de campo.

Adios, Sra. Marta, y no dude de que la estima muy de veras

LA CONDESA DE CAMPOVERDE.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## LA PRIMAVERA.

Ya estiende el puro cielo  
El azulado manto,  
Ya entona el dulce canto  
El lindo colorin.

Esmáltase la yerba  
De mil pintadas flores  
Que ostentan sus primores  
Por gala del jardín.

Los árboles se visten  
De ramas y frescura;  
La fuente ya murmura  
Con lento y dulce son.

Do quier nuevos perfumes  
Trasmiten nueva vida  
Al alma entristecida  
Y al yerto corazón.

Que yerto le dejaran  
Los hielos del invierno,  
Y anhela del Eterno  
Los dones contemplar.

Y el alma enamorada,  
Rompiendo sus prisiones,  
Soñó, en sus ilusiones,  
Los cielos escalar.

Bordando van del rio  
Las plácidas orillas  
Pintadas florecillas  
Y yerbas mil y mil.

Y dice en sus lamentos  
Su amor, siempre constante,  
El ruiñeñor amante  
Oculto en el pensil.

¿Oís un dulce arrullo?  
Son cándidas polomas  
Que vuelan por las lomas  
Cubiertas de verdor.

Al pié del alto monte  
Irán en manso vuelo  
Y al límpido arroyuelo  
Dirán luego su amor.

Raudales de armonía  
Encierra el bosque, el prado  
Que ya reanimado  
Y espléndido se vé.

Y ya en las arboledas  
Renacen las semillas,  
Y blancas campanillas  
Do quiera huella el pié.

¡ Ah! ¡ Seas bien llegada  
Hermosa primavera!  
Tu rostro reverbera  
La dicha y el placer.

Yo olvido mi tristeza  
Al escuchar las aves  
Que en cánticos suaves  
Espresan su querer.

Y miro conmovida  
El esplendente cielo  
Que bordan como un velo  
Cien nubes de albo tul:

Y los reflejos de oro  
Que, cuando muere el día  
El rojo sol envía  
Al firmamento azul.

¡ Amor! dicen las aves  
Con dulce melodía:  
¡ Amor! la selva umbria;  
El bosque espeso ¡ amor!

¡ Amor! la mansa fuente  
Que corre murmurando.  
¡ Amor! el aire blando  
Al columpiar la flor.

Ante el hermoso cuadro  
Que ofrece la natura,  
Se olvida la amargura  
Del mas hondo pesar.

Y el corazón absorto  
Admira la grandeza  
De Dios, que tal belleza  
Al mundo quiso dar.

¡ Bendita tu llegada,  
Hermosa primavera!  
La maga placentera  
Que ansiosa esperé yo.

Si, seas bien venida;  
Que en tu aromado manto  
Mis ojos ven su encanto  
Y mi tristeza huyó!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO

## LAS MUJERES Y LOS NIÑOS.

Ciertamente conmueve y consuela el alma la tierna simpatía que une á los niños y las mujeres, ya sean estas madres, ya desconozcan los dolores y los gozes de la maternidad.

Un pobre niño desamparado acude en vano al corazón del hombre, pero jamás al de la mujer. Cuando cubierto de harapos, tiritando de frío y estenuado de hambre, implora la caridad pública en una calle ó á la orilla de un camino, contemos los hombres y las mujeres que se acercan á socorrerle, y veremos que el número de los primeros es mucho menor que el de las segundas. ¡Qué palabras tan dulces se deslizan entonces del lábio de la mujer!

—¿No tienes madre?

—¡Pobre hijo del alma!

—¡Angelito de Dios!

—¡Ay de las madres que tienen hijos para verlos así!

Tales son las palabras que el lábio femenino hace resonar en torno del niño desamparado.

Volvamos la vista á los serenos días de nuestra niñez, recordemos qué sér enjugaba nuestras lágrimas, acariciaba nuestras mejillas con sus labios, nos arrullaba con sus cantares, velaba nuestro sueño, tomaba parte en nuestros juegos, adivinaba nuestros deseos para satisfacerlos, lloraba en nuestras dolencias y se regocijaba en nuestras alegrías. El nombre de una mujer irá siempre unido á estos recuerdos, sea ó no el de nuestra madre.

¡Dios ha dado al niño una madre en cada mujer!

Vayamos por esas calles, recorramos esas aldeas, entremos en la morada del rico, pasemos luego á la del pobre, y aunque Dios nos haya dado una alma vulgar y un corazón insensible, encontraremos la esencia de la poesía y el sentimiento en la multitud de nombres con que en todas partes espresan las mujeres su ternura á los niños.

—¡Amor mio!

—¡Sol mio!

—¡Embeleso mio!

—¡Gloria de su madre! esclaman besando con delirio la sonrosada mejilla de un ángel!

Y estos nombres no estudiados, sino salidos espontáneamente del corazón y emanados del mas puro de los sentimientos, ¿no valen tanto como todas las frases amorosas que pueden inventar los poetas?

El sentimiento que los niños inspiran á las mujeres arranca á estos de la esfera vulgar, sublima su espíritu en alas de la poesía. Cuando veamos á la mujer mas vulgar en el colmo de

ese sentimiento, preguntémosla, por qué quiere á los niños, y nos contestará con estas ú otras palabras semejantes:

—Quiero á los niños porque busco ángeles en la tierra y solo los encuentro en ellos.

Si por otros sentimientos, si por otras virtudes, si por otros encantos no mereciesen las mujeres el amor y el respeto de todas las almas sensibles, y generosas, y buenas, los merecerán por esa santa simpatía que encuentran los niños en su corazón.

Benditos y amados sean los que comprenden y experimentan el sentimiento que movió el lábio del divino Nazareno cuando dijo:

—«Dejad que los niños se acerquen á mí.»

ANTONIO DE TRUEBA.

## MODESTIA Y VANIDAD.

(Continuacion).

Un impulso de irresistible curiosidad la llevó á la ventana, desde la cual vió un hermoso jardín lleno de flores y de frutas, donde trabajaban muchos jardineros: oyó á lo lejos vagos mugidos, rumores confusos, y los mil ruidos diversos de la vida del campo.

Esta calma, esta dulce serenidad, hacian tal contraste con los pensamientos que llenaban el alma de la joven parisien, que se retiró al fondo de la estancia, se dejó caer sobre una silla, cruzó con desaliento sus manos sobre las rodillas y echó á llorar.

Susana volvió, según habia ofrecido, á buscarla al cabo de breve rato, y á la primera mirada comprendió que habia llorado.

—Mi querida Elena, le dijo abrazándola: tú tienes algun pesar... no estás alegre como otras veces! no te consolaré si tú no lo deseas: por el pronto, solo trataré de distraerte... las confianzas de tu parte vendrán despues: vamos á desayunarnos, y procura, te ruego, no estar triste delante de mi marido, porque creará que no te hallas bien en nuestra modesta casa.

Mme. d'Emery alisó sus hermosos cabellos negros, se puso, ayudada de Susana, un sencillo traje de muselina, y ensayó una sonrisa que animó algun tanto sus encantadoras facciones, pero sin poder alejar de ellas la densa nube de tristeza que las velaba.

## VI.

El desayuno estaba servido en un gran comedor decorado con antiguos muebles de enci-

na: la mesa se había colocado cerca de la ventana que caía al jardín: el canto de los pájaros y el perfume de las flores llegaba hasta los convidados, y Mr. de Rivière se manifestaba alegre, afectuoso y solícito.

Susana hizo cuanto pudo para comunicar su alegría á Elena: acabado el desayuno, Mme. de Rivière fué á buscar un delantal y un par de pequeños zuecos, colocando triunfalmente el primero en la cintura de Elena, y obligándola á que se calzase los segundos.

—Aquí no estamos en París, le dijo: prepárate á ver cosas estrañas para tí: tal vez esto no te divertirá mucho, pero á lo menos te garantizo la novedad.

Diciendo estas palabras abrió una puertecilla y condujo á Elena á un gran patio, en el que estaban los almacenes de forrajes y de provisiones. Dos criados cribaban cebada: otros escogían los granos: todos, en fin, se hallaban ocupados.

Susana tomó una gran cantidad de grano, y puso otra igual en el delantal de su amiga: despues abrió otra gran puerta, y se hallaron con otro patio mas estenso y mas poblado: estaba tapizado de yerba, y en ella las gallinas, los pavos, los gansos y los anades, se paseaban con gravedad en amigable compañía: pero al oír la voz de Susana acudieron todos piando y graznando, pidiendo en desatada algarabía su almuerzo, Elena, á pesar de su dolorosa preocupacion, no pudo menos de sonreirse al ver aquel enorme batallon alado, que volaba, gritaba, cloqueaba y se atropellaba en pintoresco desorden para llegar mas pronto.

Visitaron despues los vastos establos, en los que brillaba el mas minucioso aseo: habia doce, y Susana le mostró con una especie de orgullo las hermosas vacas normandas, que amantaban los jóvenes becerros: los corpulentos carneros, las ovejas con sus corderillos, y en fin, una numerosa república de conejos.

En aquel instante sonó una enorme campana, y de todas partes acudieron los habitantes de la quinta.

—¡Cuánta gente! exclamó Elena: ¿de dónde vienen?

—De sus trabajos, respondió Mme. Rivière: dentro de un instante se hallarán sentados á la mesa y nosotras iremos á verles: has de saber que Luis asiste todos los dias á su comida de la tarde para ver si les falta algo, y ellos se ponen muy contentos cuando yo acompaño á mi marido á presidir su mesa: pero entre tanto que se colocan en sus sitios, prosiguió Mme. Rivière, entremos aquí: mira, querida Elena, dos carneros de una especie muy rara: observa esos magníficos bueyes, que bien pueden llamarse tres masas de manteca: estos animales van á

hacer muy en breve un viaje á París: sin embargo, nuestros hermosos productos se hallan en las caballerizas que has apercibido al llegar al patio de entrada: tú verás los caballos. Luis, que es en esto gran inteligente, nos acompañará, y te esplicará la genealogía de estos nobles animales: no has concluido aun tu revista de inspeccion, y no creas que hemos de dispensarte de ver nada.

Las dos amigas pasaron despues algunas horas en el jardín, visitando los cuadros de flores, y sentadas á la sombra de un enorme castaño de Indias, donde aspiraron los penetrantes perfumes de la tarde.

Elena se sorprendió de la rapidez con que habia pasado el tiempo, al oír la campana que avisaba para la comida: las dos jóvenes se encaminaron al comedor, donde la sopa estaba servida: pero Mr. Rivière no se hallaba allí.

—¿Dónde está mi marido? preguntó Susana sorprendida.

—Se halla en las caballerizas con Mr. de Morand, respondió la anciana sirvienta.

Un instante despues llegó Mr. Rivière: la alegría resplandecía en su semblante; corrió á su mujer y la besó en la frente.

—¡Buena noticia, Susana mia! exclamó: monsieur Morand se ha decidido al fin, y acabo de hacer una venta mucho mas ventajosa de lo que yo esperaba! además ha prometido enviarme mañana á uno de sus amigos, que necesita dos buenos caballos de tiro.

Dicho esto, abrazó de nuevo á su esposa, como para asociarla á su contento.

Una nube oscureció la hermosa frente de Elena, y una profunda tristeza se reflejó en sus abatidos ojos.

—A la mesa, dijo Susana, á cuya perspicacia no se ocultaba lo que pasaba en el corazón de su amiga: Elena está algo fatigada y debe tener apetito.

Mme. d'Emery no pudo comer, é hizo un heroico esfuerzo para contener sus lágrimas durante el tiempo que estuvieron á la mesa.

—Luis, amigo mio, te dejamos, dijo Susana levantándose apenas servido el último plato: veo que Elena no se siente bien, y necesita retirarse á su cuarto; voy á acompañarla: acaba de comer con sosiego y no pases pena por nosotras, que así que la deje acostada y tranquila, yo volveré á buscarte para pasar la velada tu lado.

No bien se hallaron solas las dos jóvenes, Elena, dando rienda suelta á su llanto, se arrojó en los brazos de su amiga.

—¡Ah! exclamó ella entre sollozos: esto es espantoso! la vista de tu felicidad desgarrá mi corazón porque me trae á la memoria toda mi desgracia! ¡oh, mi querida Susana! ¿por qué me

casé con Mr. d'Emery! ¡Funesto amor el mio, ó mejor dicho, funesta vanidad! ¡cuán amargos frutos ha dado, y cuán hermosos y benditos son los de tu modestia!

—Elena mia, dijo Mme. Rivière tomándole dulcemente las manos: tranquilízate: cuéntame tus penas, y tal vez te haga yo comprender que exageras un poco! habla, y deposita tus dolores en el pecho de tu amiga.

—Ojalá que exagerase, Susana! murmuró Mme. d' Emery con desaliento: pero no: mi desgracia es demasiado cierta! oye, y juzga de mi desesperacion.

Fuí dichosa los dos primeros meses que siguieron á mi enlace: de repente Eduardo se volvió descontentadizo é irritable: yo se lo hice notar, y me respondió bruscamente que yo no sabia la agitacion que dabau al espíritu los negocios, que no me ocupaba mas que de diversiones y de galas.

Esta dura respuesta, estas inesperadas reconvencciones, me dejaron helada: le encontraba intransigente, violento, arrebatado y cruel, y esto me hizo una sensacion tanto mas dolorosa, cuanto jamás lo habia imaginado bajo aquel aspecto.

Desde entonces, no ha vuelto á ser el mismo, Susana; no puede traspasarse la valla del decoro en el matrimonio: hay palabras que jamás deben pronunciarse en él: mi marido se ha ido volviendo cada dia mas grosero, y ha llegado el caso de que no me atreva á dirigirle la palabra.

¡Juzga de mi pesar! mi madre se ha apercibido de mis penas, me ha instado para que se las confie, y no he podido resistir á sus ruegos: para una madre, no se tienen secretos, y además á nadie como á ella podia yo confiar mis pesares.

Poco tardó en saber mi padre mi desgracia; reconvinó á Eduardo, y este recibió muy mal sus palabras: mi padre irritado salió de mi casa y no ha querido volver. Eduardo me ha echado la culpa de todo esto, y durante el último mes apenas le he visto dos veces.

Entretanto gasta mas que nunca: compra magníficos caballos, en los que cada dia dá largos paseos: cuando vuelve es para vestirse, y almuerza en el club, donde pasa el resto del dia: por la noche asiste á los bailes y á los teatros sin mí: yo voy á todas partes sin él, y acompañada de mi madre.

Hace algunos dias le manifesté que deseaba pasar el estio en Wiebaden, y que para esto necesitaba una crecida suma; entonces, mi querida Susana, el hombre distinguido y elegante, el galante y enamorado esposo se entregó á arrebatos de cólera de que se hubiera avergonzado un cochero! me echó en cara una multitud de cosas, que yo las creia muy naturales;

me acusó de derroches, de desórdenes, ¡qué se yó! todo aquello comprendí que era un espantoso caos de miserables pretextos para privarme sin duda, de un placer, que yo acariciaba desde hace largo tiempo.

En fin, para colmar la medida de mis sufrimientos, me ha hecho saber que acababa de perder cuarenta mil francos en una falsa especulacion, que habia intentado en la Bolsa, y que debia abstenerme de esos viajes inútiles que ocasionaban grandes dispendios.

¡Figúrate, Susana, cuánto habré yo llorado! rogué, supliqué que me dejasen ir con mi madre pues de esta suerte serian mis gastos mucho menores... todo ha sido en vano, y ha permanecido inexorable!

—Me veo obligado á permanecer en París por mis negocios, me ha dicho, y quiero que permanezcáis á mi lado: en cuanto á vuestra madre, pues desea salir de París, buen viaje!

Desgraciadamente, mi madre partió sin que yo lo supiera: quiso ahorrarme el dolor de la despedida, lo que sentí en el alma, porque me hallaba muy decidida á desafiar semejante tiranía, y á partir con ella. Sola ya, querida Susana, me acordé de tu amable carta, y me he venido sin prevenirselo á mi marido.

—Cómo! esclamó asombrada Susana: ¿nada sabe Mr. D'Emery de tu viaje? ¿ignora que estás aquí?

—¿Y qué le importa? dijo amargamente Elena: ¿acaso me tiene ya en algo? ¿acaso se ocupa de mí?

—¡Ah, Elena! repuso dulcemente Mme. Rivière: tú estás resentida con él, eres injusta, y de este modo no esperes atraerle al buen camino: reflexiona que él por sí solo jamás será razonable, si tú no le das el ejemplo. Vamos, querida mia: es preciso que mañana mismo escribas á tu marido, diciéndole que estás aquí: que reconoces que has obrado muy mal en venir sin decírselo... en fin, no tengas pena, que la carta la escribiremos entre las dos, aunque vaya solo de tu mano.

—¡Oh, no! no seré yo la primera que ceda! Él que es el culpable, que me pida perdon!

—Mi pobre amiga, repuso Susana con acento grave y triste: veo que si eres desgraciada, es por tu culpa, y si obras así, preveo para tí una larga série de pesares: bien veo que tu marido es culpable, pero tú tampoco tienes razon: sin embargo, escucha, sé dócil á mis consejos y todo se puede aun arreglar. Luis me decia esta mañana, que esperaba que Mr. d'Emery vendría á buscarte y que él tendria mucho gusto en conocerle: puesto que mi marido vá con frecuencia á París, prométeme escribir al tuyo una carta que le obligue á venir aquí á lo menos por ocho dias, que no creo que por eso hayan de padecer

sus negocios: además, yo te garantizo que cuando Luis vaya á París, él le proporcionará muchos, porque tiene allá muy buenas relaciones.

(Se continuará.)

(Arreglo del francés).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## MODAS.

En nuestra última revista os ofrecimos, queridas lectoras, hablaros de joyas, de trajes de niños, de muebles y de adornos domésticos, y vamos á cumpliros esta palabra, con el gusto con que lo hacemos siempre que nos dirigimos á vosotras.

Empecemos por la joyería, pues aunque no nos parece de buen gusto que entre en el tocado ó adorno de una joven soltera, hay entre nuestras indulgentes abonadas, señoras de elevadísima posición que la usan, porque es un adorno que deben á su alta gerarquía, á su juventud y á su hermosura.

Nada mas bello en este género acude á nuestra memoria, que algunos adornos que hemos visto hace muy poco entre los negros y hermosos cabellos, y al lado del torneado y alabastrino cuello de la señora duquesa de la Torre.

Figuraos, en primer lugar, un peine formado por estrellas de brillantes, todos montados al aire, con una ligereza, con una gracia incomparables: si mal no recordamos, este peine maravilloso, al que podríamos llamar corona de la hermosura, si su encantadora señora no ostentase ya sobre su frente una de condesa y otra ducal; este peine deslumbrador está formado por siete estrellas de gruesos y lípidos brillantes, de esos que llevan la poética denominación de *gotas de rocío*, porque á nada mas puro se han podido comparar, que á las lágrimas que llora la aurora desde su lecho de rosas: figuraos esta alhaja, riendo entre una masa de cabellos como el ébano y naturalmente ondulados, y convendreis en lo arrebatador que debia ser su efecto.

En la misma noche que admiramos este peine, vimos en el pecho de la señora duquesa un alfiler, por el cual el judío mas avaro de una de las tribus de Israel hubiera ofrecido una su-

ma fabulosa: formaba una especie de lazo de oro y brillantes, del que pendian dos delicadísimas cadenas de oro, y de estas dos perlas negras, ó mas bien grises, con ese color vago del cielo nebuloso, de un tamaño tan extraordinario, que á pesar de ser el adorable semblante de la que lo llevaba, la joya mas hermosa á nuestros ojos, alguna vez se encaminaban hácia aquella alhaja régia.

A la misma ilustre dama hemos visto muchas veces racimos de brillantes de un tamaño extraordinario figurando el fruto de la vid, pendientes morunos, enriquecidos profusamente de las mismas piedras, y un alfiler ó broche en forma de cruz, de esmeraldas y brillantes, de un trabajo y riqueza deslumbradores.

Pasando de este admirable tipo de nuestra aristocracia, que nos hemos permitido citar, á otros preceptos generales de la Moda, os diremos, lectoras queridas, que los aderezos completos de camafeos verdes, pequeños y rodeados de brillantes, están en un favor extraordinario: estos aderezos se componen de collar, diadema, pendientes y brazaletes: para los aderezos de gran tono, no se hacen hoy alfileres de pecho, que han quedado relegados—á nuestro parecer con mucha razon—para los trajes de escote alto.

Tambien el coral, para los aderezos de media ceremonia, como de convite y concierto, están muy en favor, ya solos, ya enriquecidos con algunos brillantes, mezclados con perlas, ó engastados en oro cincelado.

Los esmaltes se hallan á la orden del día, para pendientes, alfileres de señora, y sobre todo para botonaduras de caballero y niños: tambien se usan en brazaletes, y donde es mas lindo, en las cajitas para pastillas, que algunas damas jóvenes y distinguidas llevan en el bolsillo de su elegante traje; graciosa y delicada coqueteria, que permite obsequiar á sus amigos, y lucir una linda alhaja.

Igualmente se usan hoy frasquitos pequeños y planos de oro, llenos de perfumes elegantes, como de violetas de Niza ó Kárra, lirio de los valles ó reseda: estos frasquitos tienen en ambos lados un esmalte que representa la flor, cuyo perfume encierran en su diminuto seno: las señoras y señoritas los llevan en su bolsillo, y vuestra humilde revistera los considera necesarios para cuando se pasa por las plazuelas donde se venden los comestibles, y por las tiendas de los mismos, que siempre exhalan un olor fastidioso é incómodo, y que la posesion de ese delicioso juguete evita: ¿por qué no hemos de ser un poco coquetas si la coquetería es cómoda y bonita? Queridas niñas, yo suplico aquí á vuestras cariñosas madres, que os compren un frasquito para el bolsillo, si no de oro esmaltado, porque son caros, de cristal de roca, que

tienen un precio muy módico y son tambien muy bonitos.

Terminaré lo que concierne á joyas, anunciándoos que los pendientes largos han terminado su reinado sin llegar á la plenitud de él, lo que nada puede importarnos, porque favorecian poco, y era adorno muy caro si habia de ser bueno.

Vamos ahora á deciros algo de trajes infantiles.

Una jóven y bella señora amiga nuestra, nos ha enseñado uno lindísimo, que una elegante modista francesa acaba de hacer para una de sus hijas que solo tiene cuatro años, y que es un ángel de hermosura: este vestidito, tan fresco, tan risueño y tan bonito, es de lanilla color de barquillo, con motitas violeta: en el bajo de la falda lleva un volantito de glasé violeta: sobre este tres tiras del mismo glasé; y sobre cada una de estas un bordado sencillo con soutache de seda blanco.

El cuerpo es escotado y la manga corta está formada por un pequeño bullon y terminada por otro volantito malva en armonia con los de la falda.

Para las tardes frescas tiene este precioso trajecito un pequeño paletot de la misma tela, guarnecido de un volante y tres tiras bordadas en su parte inferior.

Este traje, con un sombrero de paja con plumas blancas y malva, estará elegantísimo.

Para niño de seis á siete años, ha llegado un modelo en alpaca gris, que consta de ancho pantalon terminado en la rodilla, hasta la que suben las botas de taflete encarnado con zapato de charol negro: estas botas rematan en dos borlas negras de seda.

Chaqueta holgada de la misma tela guarnecida de galones de seda negra y pequeños botones de acero: chaleco de piqué blanco, cuello de batista ancho como los puños y corbata escocesa; gorra de paja gris.

Para niños de corta edad, el piqué, ya blanco, ya con lunarcitos ó florecitas de color, es lo que tiene mejor acogida: los cuerpos serán todos escotados con camisitas de organdí bordadas ó adornadas de encajitos, que es lo que mas permite lucir la inocente belleza de esos pequeños y rosados seres.

Los muebles, que tan importante papel componen en nuestro bienestar, merecen desde luego algun lugar en nuestras revistas, y en esta principiámos dándoles uno, si bien mas reducido de lo que deseáramos.

Acaba de llegar de París un objeto lindísimo, cómodo y hasta hoy desconocido entre nosotros: es una especie de aparador pequeño, cuya parte inferior forma un armario ó alhacena cerrada con cristales y llave para guardar

perfumería: en la parte superior tiene dos aparadores para colocar cajas de guantes, de joyas, juguetes y esas mil graciosas bagatelas, que son la felicidad de las jóvenes: todo ello es de caoba, perfecta y artísticamente concluido, pues está enriquecido con molduras: tambien sirve la parte inferior para colocar libros, y los cuerpos superiores para la perfumería, á voluntad.

Son muebles que os recomiendo por su comodidad y su gracia enteramente femenil.

Para la estacion presente son ya de gran utilidad los sillones forrados en piel de colores, en vez de los de seda, lana y terciopelo, y las familias de modesta fortuna pueden amueblar su casa á poco coste: unas jóvenes recién casada podrán poner un elegante saloncito de recibo con poco gasto, amueblándole con una sillería de madera negra, no muy pesada, barnizada con esmero y cuyos asientos sean de piel gutta-percha verde ó carmesi: con una mesa sencilla y de buen gusto de madera igual á la sillería, sobre esta un espejo ovalado, un reloj y unos candelabros de zinc oscuro: ante el balcon blancas cortinas, y velada sobre estas una jardinera de acaju, llena de follaje verde con algunas margaritas, violetas y lilas, que imiten todo lo posible al natural.

Si añadís á esto, jóvenes y encantadoras esposas de modesta fortuna, un velador que sostenga un jarro de limpio cristal con un ramo de flores, y algunos libros que os recreen, vereis que no es precisa la riqueza para tener una habitacion elegante.

No dejéis de poner en la pared unos aparadorcitos, si no como los que os describí mas arriba porquese son caros, de unos que tienen tres cuerpos, y sobre ellos algunas macetas pequeñas de barro barnizado ó loza llenas de tierra y con plantas naturales, como pensamientos, violetas u otras, que reunen á lo diminuto de su tamaño un fresco y delicioso aroma.

Con esmerado aseo—que segun espresion del malogrado Sué, es el lujo de los pobres,—flores, perfumes, un mueblaje de modesta elegancia, y sobre todo una limpia, pura y tranquila conciencia, creedme, lectoras mias, podeis recibir sin ruborizaros á las personas mas elevadas, seguras de que dirán al salir:

—¡Qué linda casa, qué elegancia y que perfume hay en ella de felicidad!

PAMELA.

*Por todo lo no firmado,*

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

---

*Editor propietario, JOSÉ MARCO.*

---

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.